

© María Luisa del Romero Sánchez-Cutillas
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"
Diseño colección: Victoria Carpena
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.
I.S.B.N: 78-84-933649-6-0
Dep. Legal: MU-68-2010

La joven del estanque

María Luisa del Romero Sánchez-Cutillas

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Concha López Díaz, presidenta; Lourdes Ortega Puche, Anastasio Paredero Rodríguez, y Martín Martí Hernández, secretario.

El cuerpo de la joven apareció flotando en el estanque del patio de los Continos. Aparentemente no presentaba signos de violencia. La corta melena, rubia y rizada, enmarcaba un rostro agraciado, de facciones regulares. El rictus de sus labios más se aproximaba a una sonrisa que a una mueca de dolor ó de miedo. La blusa blanca se hallaba abotonada hasta el escote y a ella se ceñía una falda con adornos florales. Pero el detalle que sorprendió a todos cuantos contemplaron el cadáver fue la inscripción que cruzaba la camisa de parte a parte, a la altura del pecho. Estaba escrita en latín, con negros caracteres.

El primero en leerla fue el jardinero Antonio Lorenzano, que encontró el cuerpo sin vida de la muchacha a las seis de la mañana, cuando se disponía a regar los parterres.

–“NUN...CUAN”– pronunció torpemente mientras se despojaba de su gorro y se llevaba una mano a la garganta.

Tras un primer momento de parálisis, el pobre hombre salió corriendo del patio y, tropezando una y mil veces, se dirigió al Rectorado para dar cuenta al Superior de la Universidad del macabro hallazgo.

Al cabo de unos diez minutos, el Rector contemplaba con sus propios ojos aquella visión que, atropelladamente, le había descrito el jardinero.

–“Numquam”–musitó don Gonzalo de Soto mientras, inclinándose hacia adelante, trazaba el signo de la Cruz a la

altura del rostro de la muchacha.

* * *

No había tiempo para oraciones. Pronto todos despertarían. Había que evitar la contemplación de aquel cuerpo, sobre todo tratándose de una mujer. Las féminas tenían prohibido el acceso al recinto universitario, y la propia policía de la institución tenía encomendado velar por el cumplimiento de esta ordenanza, cuya infracción se veía duramente castigada.

El Colegio Mayor de San Ildefonso —núcleo central de la Universidad de Alcalá de Henares— ocupaba una gran manzana, y sus recios muros y portalones impedían el acceso a quien pretendiese atravesarlos. Se trataba en realidad de una sucesión de tres edificios dotados de sus respectivos patios centrales, así como de algunos cuerpos auxiliares adosados.

Los patios se comunicaban entre sí por grandes puertas. El primero de ellos, el de Santo Tomás, albergaba diversas aulas y estancias, incluida la Biblioteca. Desde él se accedía al Patio de San Ildefonso, de menor tamaño, que daba acceso a la Capilla Universitaria. A continuación, siguiendo el trazado rectangular, se llegaba al Patio de los Continuos ó de Filósofos, que albergaba las salas de audiencias del Rector, aulas para las clases de Filosofía, algunas habitaciones para estudiantes, y almacenes de víveres y leña. Desde allí se accedía a la cárcel universitaria. Por último, el Patio Trilingüe comunicaba con el Colegio Menor de San Jerónimo, en el que se impartían los estudios de latín, griego y hebreo. Su hermoso claustro conducía al Paraninfo.

La naturaleza inexpugnable del recinto era evidente

tanto para los extraños como para los propios estudiantes, que sabían que resultaba arriesgado intentar vanas aventuras nocturnas que retardasen su regreso al Colegio Mayor. Parecía inexplicable que –valiéndose de la oscuridad– un extraño pudiera haber traspasado aquellos muros, y menos aún una mujer.

Absorto en sus reflexiones, el Rector se sentía incapaz de actuar. Finalmente dispuso que fuese Fermín Labarta, el encargado de la policía interna del Colegio, quien pusiera al corriente de los hechos al Alguacil de la villa. Este sabría qué hacer. Pero don Gonzalo fue explícito. Ante todo, habría que rogar a la citada autoridad que procediese con el mayor sigilo a la hora de averiguar la identidad de la muchacha y las razones por las que se introdujo o fue llevada al interior de aquel recinto.

Don Alonso Fontiveri se personó en el patio de los Continos a las siete menos cuarto de la mañana. Era un hombre alto y voluminoso. Su recia figura imponía un ritmo lento a sus ademanes. Esto, y su afable seriedad, otorgaban al Alguacil un aire de hombre prudente y reflexivo. Su autoridad derivaba más de estos atributos personales que de su propia jerarquía. Don Alonso se había ganado el respeto y el afecto de los alcaláinos, redoblado en los últimos tiempos por la marcha de su único hijo –Fabián– a tierras de Flandes, para servir a los intereses de la Corona de España en aquellos territorios.

Frente al estanque aguardaba a Fontiveri el propio Rector, acompañado de su primer Consejero, Juan de Montemayor, y del policía Labarta. Nadie más había contemplado el cuerpo de la muchacha porque el avisado Consejero –alertado del suceso por el Rector– dispuso de inmediato rodear el estanque con unos biombos, cubiertos en su parte alta por grandes lienzos blancos para evitar la visión desde los ventanales del segundo piso.

Por suerte, el verano había llegado y la masa estudiantil

se hallaba en su mayoría ausente. La temporada estival había coincidido con un moderado brote de difteria que contribuyó a dispersar a la muy nutrida población universitaria. Colegiales y capellanes se hallaban de ejercicios espirituales en Toledo. Apenas quedaban algunos licenciados, absortos en la preparación de sus tesis doctorales. También los catedráticos se habían apresurado en huir del calor sofocante de Alcalá. El personal de la Universidad era el mínimo indispensable en esos momentos en los que la actividad se ralentizaba en el recinto mayor y en los Colegios menores. De los tres Consejeros, sólo don Juan de Montemayor permanecía en su puesto por esas fechas.

Esa situación favorecía al Rector, que parecía tan conmovido por el suceso como preocupado por evitar el escándalo. Había que aprovechar al máximo aquellas horas para tomar decisiones que sin duda serían trascendentales. Sin embargo, tras comunicar a Fontiveri los pocos detalles que conocía del macabro hallazgo, don Gonzalo se excusó, encaminándose a la Capilla de San Ildefonso. Allí se arrodilló invocando la asistencia espiritual del fundador de la Universidad, el Cardenal Cisneros. Su inteligencia, su autoridad, su enorme prudencia, habrían resultado de gran ayuda a este pobre Rector, recién llegado a su cargo...

Fontiveri sentó de inmediato las premisas de la investigación. Había que averiguar lo antes posible la identidad de la muchacha. Después, la causa de su muerte. Y, muy importante, dónde se había producido. Este último condicionante podía acarrear graves consecuencias. Si la muchacha era natural de Alcalá de Henares y había sido asesinada en el interior del recinto universitario, los vecinos de la villa arderían en cólera. Eran frecuentes— y violentos en ocasiones— los enfrentamientos entre los habitantes del lugar y los estudiantes, a quienes aquellos consideraban exaltados y

proclives al desorden callejero.

Mientras Fontiveri examinaba aquel perímetro, el Consejero del Rector se afanaba en colgar sendos pasquines en los biombos, advirtiéndole de que se estaba procediendo a desinfectar y limpiar el estanque debido a la peligrosidad de sus aguas pútridas. En aquel patio, a diferencia del de Santo Tomás, crecía el arbolado y era frecuente observar hojas y ramas flotantes en descomposición. A nadie le extrañarían, pues, aquellas maniobras, y menos aún en una época tan calurosa.

Juan de Montemayor se encargó de transmitir sus recelos a Fontiveri respecto a las repercusiones que podría tener la difusión de este suceso. El también temía una algarada popular, pero sobre todo le preocupaba otro asunto. El hallazgo del cuerpo en el interior del Colegio de San Ildefonso podía acarrear un gran escándalo y propiciar el cierre de la Universidad y su traslado a Madrid, tal y como muchos propugnaban desde hacía años. El Consejero estableció una recomendación que el Alguacil pareció aceptar de buen grado. Se trataba de limitar al máximo el número de personas que, en esas preciosas horas, debían compartir la información sobre el funesto hallazgo. Había que ser eficaces en la investigación, pero también discretos.

Decidieron ambos que, tras la inspección de posibles huellas o restos en el estanque y su entorno, cabía trasladar el cuerpo de la joven —al caer la tarde— a una pequeña enfermería situada junto a la sala de audiencias, para su exploración. Esto ampliaba el conocimiento del luctuoso suceso a una persona más: un médico que gozase de la total confianza del Rector. Y fue el propio Consejero quien ordenó llamar a don Anselmo de Quijana y Osmá.

Este ilustre doctor prestaba sus servicios en el Hospital de San Lucas, perteneciente a la propia Universidad. Su saber y su experiencia le acreditaban notablemente no sólo en la

práctica de la Medicina, sino también en el conocimiento de la Farmacopea. Dirigía la cátedra de Anatomía y, al mismo tiempo, atendía con sus ayudantes a quienes acudían a ese Hospital, creado por el Cardenal Cisneros para los estudiantes enfermos sin recursos. Don Anselmo era viudo y no tenía hijos. Dedicaba por completo sus horas a la práctica de la Medicina y a la docencia, siendo además un hombre pacífico y afable, con gran autoridad moral.

Seis personas eran, por el momento, las únicas conocedoras del macabro hallazgo: el Rector don Gonzalo de Soto y su Consejero, Juan de Montemayor; el jefe de la policía universitaria Fermín Labarta; el alguacil Alonso Fontiveri; el médico don Anselmo de Quijana, y el desdichado jardinero Antonio Lorenzano, que parecía no haber superado el duro trance. Por si fuera poco, a él le correspondió el desagradable trabajo de extraer el cuerpo de la muchacha del estanque y tomarlo en brazos, para depositarlo en una camilla con parihuelas en la que fue trasladado a la enfermería.

—Apenas pesa, la pobrecilla— murmuró el hombre al concluir su trabajo, tras persignarse y besar la medalla que colgaba de su robusto cuello.

Lo primero que hizo don Anselmo fue desnudar cuidadosamente a la joven y examinar su cuerpo. Después, entregó los ropajes empapados a Fontiveri y se sentó frente al cadáver, extrayendo de los bolsillos de su levita un cuaderno y unos carboncillos.

—Pero... ¿qué hacéis?, espetó el alguacil.

—Aparentemente no hay golpes ni heridas. Observad sobre todo las piernas, los tobillos, los antebrazos, las muñecas... Todo limpio. Tampoco hay señales en la cabeza, el cuello, la garganta... Son las zonas del cuerpo que suelen delatar un acto de violencia. Tendré que proceder a explorar su interior,

y ...en fin, Vuestras Mercedes querrán sin duda conservar la imagen exacta de la muchacha para conseguir su identificación. Supongamos que ésta se dilata en el tiempo... La Naturaleza es inexorable, y esta hermosa joven pronto se pudrirá como las aguas del estanque. ¿Quién podría reconocerla si no le ofrecemos su retrato?

—Entiendo, entiendo... Bien. Mientras Vos procedéis a examinar el cuerpo y lo dibujáis, yo trasladaré los ropajes de la muchacha a un lugar seguro. Pueden contribuir a la investigación. Pero... ¿podéis por ventura traducirme esa palabra que lleva escrita en su camisa?.. Puede constituir una pista decisiva.

—Por supuesto, señor. Está escrita en latín. *Numquam* quiere decir “en ningún tiempo”, “ninguna vez”. Si me apuráis, esta palabra podría utilizarse, de un modo determinante, como una absoluta negación: “nunca”.

La noche resultó larga para los seis personajes implicados en el descubrimiento del supuesto crimen. El Rector y su Consejero se retiraron pronto a sus celdas para rezar y meditar sobre el hecho. El jardinero y el jefe de la policía universitaria quedaron encargados de velar porque nadie se acercase al estanque camuflado. Fontiveri había hecho ampliar el perímetro de seguridad con unos gruesos cordones atados a una improvisada baranda de hierro.

Era importante seguir husmeando al día siguiente en los alrededores por si algún resto, alguna huella más hundida que otra, pudiese delatar la presencia del asesino ó los asesinos de la joven. Pero, en una primera inspección, nada revelaba quién y cómo llevó hasta allí a la muchacha ó la trasladó para sumergirla en el estanque.

El Alguacil debía regresar a su casa, ya que su esposa se encontraba algo indispuesta. Aprovecharía para recapitular

sobre el suceso intentando establecer causas, hilvanar detalles, y –tal vez– extraer conclusiones.

Sin lugar a dudas, quien más trabajó aquella noche fue el médico del Hospital Universitario. Primero, se dedicó a dibujar lo más fielmente que pudo a la muchacha muerta. Su cuerpo, esbelto y bien proporcionado, le inspiraba ternura. Don Anselmo estaba acostumbrado a enfrentarse a seres inertes como aquella doncella, y en algún caso pudo sentir cierto estremecimiento al contemplar una cadera generosa, un pecho turgente... Para un científico como él, la muerte era un hecho natural, y el difunto ó la difunta no eran sino una materia inanimada que, hasta escasos momentos antes del deceso, se movía, respiraba, sentía, amaba, fornicaba... El solía llamar cariñosamente a los cadáveres del depósito mis vivos. “Al fin y al cabo –decía– la muerte es más parlanchina de lo que el vulgo cree: habla, y mucho, de aquellos a quienes visita...”

Aquella muchacha ejercía cierta fascinación en el médico. Más bien le inquietaba, y no precisamente por la supuesta muerte violenta que le robó un futuro sin duda prometedor. A medida que avanzaba en su retrato, don Anselmo encontraba más atractivo aquel rostro. La mandíbula, algo prominente, sugería una determinación impropia de una mujer tan joven. Los ojos –que él mismo cerró– eran de un color verde oscuro, casi pardos, y enmarcados por largas pestañas. La nariz, pequeña y recta. La boca, de labios finos que expresaban también una firme voluntad, permanecía ligeramente abierta, como esbozando un nombre, una última idea...

La dibujó a carboncillo, evitando detalles que estorbasen. La dibujó de cuerpo entero, como una *madonna* yacente. Y después se centró en la cabeza, realizando varios bocetos muy acertados todos ellos. Finalmente, la pintó sin el adorno de su rubia cabellera. La cabeza pequeña, despejada la frente...

“Un cráneo interesante –musitó– con las sienas ligeramente abultadas. Creo que este dibujo la retrata mejor que ninguno. Al fin y al cabo las mujeres cambian a menudo de apariencia y quién sabe cómo iba peinada esta pobrecilla tan sólo un día antes de su muerte, ayer mismo... o hace un mes”.

Ningún afeite corregía los imperceptibles defectos de aquel rostro. Y sin embargo, las jóvenes de cierta posición eran muy aficionadas a empolvarse la cara, a teñir de carmín los labios o las mejillas... Ningún resto de productos cosméticos en aquel rostro limpio, límpido, y, sin embargo, velado por el misterio. La muchacha parecía proceder de una cuna acomodada. Sus manos eran finas y no parecían castigadas por el trabajo doméstico. Sus pies eran pequeños, delicados y bien cuidados.

Tras concluir su dibujo, el médico procedió a realizar una trabajosa autopsia. No contaba con ningún ayudante que le asistiera, ni con los medios adecuados. Aquella enfermería no era una sala de disección. Y, por otra parte, no deseaba alterar la aparente placidez de aquel cuerpo, y esa mezcla de vigor y de armonía que constituían sin duda elementos reveladores a la hora de indagar la peculiar personalidad de la joven. ¿O es que, en su fuero interno, el científico se rendía a la delicada belleza de aquel cadáver?

Con pocas herramientas y muchos años de conocimiento, don Anselmo no tardó en establecer alguna hipótesis de importancia. Comprobó que, a pesar del agua que hinchaba levemente el cuerpo, la mujer no había muerto ahogada. Tampoco había sido violada, ni estrangulada. Pero la prueba decisiva estaba allí, en la entreabierta boca de la joven. El médico forzó con sus dedos aquellos labios, y la mandíbula crujió.

–Lo siento, querida –musitó el galeno.

Pegadas al paladar, aparecían unas partículas de hoja palmeada y de color verde intenso. Don Anselmo poseía

grandes conocimientos de Historia Natural y había impulsado la creación de una sala de Farmacopea en el Hospital de San Lucas. Le bastó examinar con una lupa aquellos fragmentos para dictaminar al punto:

—Veneno. Ha muerto envenenada.

Eran las cinco y cuarto de la mañana cuando el ilustre científico visitó en sus aposentos a don Gonzalo, dispuesto a informarle de sus conclusiones respecto a la autopsia realizada.

desnuda, lo cual turbó ostensiblemente el ánimo del Rector, que tapó inmediatamente sus ojos con las manos al tiempo que recitaba una oración en latín.

Don Anselmo entregó los dibujos al Consejero del Rector para que éste los hiciera llegar al Alguacil. Pero...¿ qué extraña razón le determinó a guardar para sí una de aquellas copias? Se trataba del último apunte realizado, el de la cabeza desnuda de la muchacha. Probablemente, el vetusto galeno no pretendía otra cosa que conservar piadosamente el recuerdo de aquella pobre muchacha sin nombre, que yacía sobre una tabla cubierta por una sábana blanca en la enfermería

El Rector, tras recibir las explicaciones del médico, ordenó que se convocase de inmediato a Fontiveri para darle a conocer los resultados de la autopsia. Eran las cinco y media de la madrugada cuando el jardinero se presentó en casa del Alguacil.

Éste había permanecido despierto toda la noche. Primero, había revisado los ropajes de la mujer y, muy detenidamente, la inscripción en latín que aparecía escrita en la blusa. Los caracteres eran grandes y firmes. Parecían trazados con determinación, porque el instrumento empleado había rasgado la tela en la parte inferior de algunas letras. Esto dio que pensar a Fontiveri, ya que, según las explicaciones iniciales del médico, no había señal alguna en el cuerpo de la joven. ¿Quería esto decir que la palabra *NUMQUAM* había sido escrita ó grabada antes de que la muchacha se vistiese? Aquello no parecía tener sentido.

Tras examinar las ropas y proceder a guardarlas en un baúl, que cerró con grueso candado, el Alguacil se dedicó a clasificar algunos restos procedentes del entorno del estanque. Él mismo había examinado de cerca el perímetro acotado.

Halló hojas secas, algunas astillas, piedrecillas, unas plumas de ave... un puñado de nada, en definitiva. Después hizo barrer una parte del terreno al jardinero, y le ordenó que vertiese aquellos restos en un saco.

Ya en su casa, fue extrayendo cuidadosamente el contenido del fardo en una tabla, para examinarlo a conciencia. El resultado parecía tan infructuoso como la exploración previa *in situ*. Sin embargo, al fondo del hatillo un pequeño objeto brilló por un instante a la luz de las velas. Fontiveri volcó el saco. La ampolla cayó, rodó por el suelo y fue a parar a los pies del jardinero, que había entrado en casa del Alguacil agobiado por la premura que el Rector imprimió a su recado.

Se trataba de una diminuta botella. El cristal era grueso, con pequeños relieves. El taponcillo parecía rematado en plata. Se asemejaba a los frasquitos de sales que usaban las mujeres de cierta posición para aliviar sus desmayos. Aparentemente estaba vacío, aunque había contenido alguna sustancia oscura y espesa. El Alguacil lo envolvió en su pañuelo y lo guardó en uno de sus bolsillos. Después, y tras asegurarse de que su esposa dormía, se dispuso a acompañar a Lorenzano hasta el Colegio de San Ildefonso.

Cuando Fontiveri entró en las dependencias del Rector, una tenue luz se filtraba entre las rejillas de la ventana. Al vislumbrar las tres figuras allí presentes, el Alguacil se sintió algo molesto. Era el último en comparecer a una reunión que —por el gesto de los participantes— se intuía relevante.

Por ese motivo, Fontiveri decidió adelantarse a cualquier otra información, y, blandiendo la botellita envuelta en el pañuelo, comunicó el hallazgo y la suposición de que aquel frasco podría aportar pistas sobre el caso. El segundo en hablar fue don Anselmo, que relató los pormenores de la autopsia sin obviar detalles. De nuevo el Rector mudó el semblante,

palideciendo. Las campanas de la Universidad llamaban en ese momento a la primera Misa. Eran las seis de la mañana de un caluroso día de verano.

Tras un silencioso paréntesis, don Anselmo pidió permiso para retirarse a examinar la misteriosa botellita. El médico intuía que el bueno de Fontiveri podía sentirse humillado si nadie prestaba atención a su hallazgo...

—Tenemos a la víctima. Tenemos indicios sobre la causa de su muerte. Algo hemos avanzado, señores. Nos falta por determinar la identidad de la joven y, definitivamente, la mano ejecutora. Al menos estas pocas horas han resultado provechosas. Ahora debemos pensar en los siguientes pasos a seguir. Pero debo rogaros que actuemos con el mismo sigilo con el que hemos procedido hasta este momento...

Así se expresaba el Consejero del Rector, satisfecho por el buen curso de la investigación, pero empeñado en evitar que la noticia del luctuoso suceso se propagase dentro y fuera de la Universidad. Le interrumpió en sus disquisiciones don Anselmo, que venía de examinar la ampolla que Fontiveri había aportado al acudir a la cita con el Rector.

—Señores, —manifestó con solemnidad— no hay duda. Lo que esta pequeña botella contenía no era ninguna sustancia ponzoñosa, sino tinta. Ignoro si pertenecía o no a la difunta, pero obviamente su propietario utilizó el frasquito como tintero. Así pues, me ratifico en mi dictamen. La causa de la defunción no es otra que el veneno que destila una horrible planta: el *acónitum napellus*, que ya describían Ovidio y Plutarco, y que nosotros denominamos vulgarmente Acónito. Una simple hoja, en contacto con nuestro cuerpo, es capaz de causar la muerte. Y así le ocurrió a esa pobre niña que yace en la enfermería.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del Rector al escuchar el tierno apelativo con el que don Anselmo nombraba a la

muchacha. Y, tocado por un sentimiento de piedad, expresó con voz lúgubre su deseo de que la víctima pudiese descansar lo antes posible en lugar santo, aun cuando no se conociesen todavía las razones de su muerte.

—Dispongo que continúen las investigaciones hasta que los hechos queden esclarecidos. No podemos convocar al Claustro de la Universidad pues se hallan ausentes dos de mis Consejeros y la mayor parte de los colegiales. Pero debo comunicar este triste suceso al Canciller y al Señor Arzobispo de Toledo, y también Fontiveri deberá informar a quien corresponda. Y ahora, por caridad, dejemos reposar a esta joven en una tumba digna, y dediquémosle las oraciones con las que despedimos siempre a nuestros fieles rogando al Altísimo que perdone sus pecados.

—Amén —concluyó el jardinero desde un ángulo de la celda— y que Dios la tenga en su Gloria.

El cuerpo de la joven quedó oculto tras un biombo en la enfermería hasta que, al atardecer, fue trasladado a una pequeña capilla particular del Rector para que éste rezase el responso. Se le cubrió de nuevo con la sábana blanca. Y ya de noche, con la mayor de las cautelas, Labarta y el jardinero lo introdujeron en un ataúd de pino y lo trasladaron en un carromato hasta el cementerio, en la zona destinada a los mendigos e indigentes o a aquellos que habían muerto por una enfermedad infecciosa. Allí cavaron una fosa y, cumpliendo órdenes del Alguacil, la sellaron y colocaron encima una losa de piedra con una inscripción: *NUMQUAM*. Si en un futuro había que proceder a exhumar los restos, no cabía equivocarse de tumba.

Por lo demás, la jornada transcurrió de forma más sosegada para nuestros protagonistas. El Rector y su Consejero se enfrascaron en redactar sendos escritos a las máximas

autoridades eclesiásticas explicando el suceso. El arzobispo de Toledo y el Canciller debían conocer los hechos con todo detalle. Sin embargo, por el momento no era prudente alertar a los Patronos de la Universidad, que podían tomar decisiones precipitadas ó drásticas.

Don Anselmo decidió retirarse a descansar hasta bien entrado el mediodía, aunque le costó conciliar el sueño. El recuerdo de aquel rostro femenino le incomodaba. El Alguacil, por su parte, se atrincheró en el cuartelillo, viéndoselas y deseándoselas para trasladar a un informe –dirigido al Justicia de Alcalá– los detalles del supuesto crimen y los pasos seguidos hasta el momento. En una misiva plagada de elogios y parabienes, detalló las medidas adoptadas por razones de higiene y seguridad, y concluyó solicitando la valiosa asistencia de la autoridad judicial para lograr el esclarecimiento del caso.

El catafalco que rodeaba el estanque fue retirado. Se examinó de nuevo el fondo. Y, finalmente, se procedió a vaciar el agua y a limpiarlo.

Los siguiente días, Fontiveri utilizó todos sus recursos para intentar identificar a la joven muerta. Con todas las reservas se valió de oficiales a su cargo, confidentes, e incluso alcahuetas y prostitutas, para indagar sobre la posible desaparición de alguna muchacha en Alcalá de Henares y en aldeas próximas. Pero nadie había denunciado un hecho similar. Nadie reclamaba a ninguna joven desaparecida. El Alguacil dosificó la utilización de los retratos obtenidos de la mano de don Anselmo, mostrando alguno de ellos a gente de su confianza, pero sin dar explicaciones. Había que evitar la alarma.

La respuesta de las autoridades no se hizo esperar. El Rector recibió seis días después la notificación de su traslado a Toledo, donde con toda seguridad debería rendir cuentas ante sus Superiores de los hechos ocurridos. El pobre don

Gonzalo había ocupado ese puesto tan sólo dos meses. Había sido designado con cierta premura para sustituir a don Fidel de Atienza, fallecido repentinamente. Se incorporó a su cargo cuando el curso había concluido, y se iba sin haber celebrado siquiera un Claustro y sin haber tomado ninguna decisión. La carta del Arzobispo era tajante: su plaza quedaba vacante, recayendo en el Consejero Juan de Montemayor la responsabilidad temporal de gestionar los Centros integrados en esa Universidad, hasta un nuevo nombramiento.

Por su parte, el Alguacil Fontiveri fue llamado también a despacho para informar al juez Tomás Bellido del Infante sobre lo acaecido. La autoridad judicial asumió el caso desde ese momento. El magistrado visitó el recinto en tres ocasiones, deteniéndose en varias de las estancias del Colegio de San Ildefonso y, muy especialmente, en el patio de los Continuos. Allí mismo interrogó por separado al Alguacil, al jefe de la policía universitaria y al jardinero. Cada visita concluía en el despacho del Rectorado, donde Bellido del Infante conversaba con el Consejero, que siempre le agradecía la prudencia y el rigor con que se llevaba a cabo la instrucción del sumario.

Nadie molestó a don Anselmo, el médico del Hospital de San Lucas. El Alguacil incorporó su informe científico al que habría de remitir, él mismo, al magistrado. Y para éste, la labor del médico concluía en la autopsia. Podía haber solicitado la exhumación del cadáver para que otros galenos realizasen una nueva exploración..., pero este extremo sólo se adoptaba en casos muy importantes, y era hartamente complicado y desagradable. Lo cierto es que Bellido del Infante había estudiado en la Universidad de Alcalá, y compartía con el Consejero la certeza de que la difusión de aquel caso en nada beneficiaría a la Institución...

Por este motivo, el discreto don Anselmo se retiró a sus

labores asistenciales en el Hospital, guardando en su despacho uno de los dibujos de la joven muerta y también la botellita de cristal. Desvelado su contenido, nadie parecía mostrar interés por aquel diminuto objeto.

Septiembre teñía de ocre los árboles del patio de los Continos. De las seis personas que habían visto a la muchacha con sus propios ojos flotando en el estanque, tan sólo tres permanecían en el recinto universitario: el Consejero del Rector, el policía de la Institución, y el médico. El pobre jardinero falleció de apoplejía a finales del verano.

La algarada estudiantil volvió por fin a inundar las aulas, los claustros, el refectorio y los dormitorios del Colegio de San Ildefonso. La rutina escolar recobraba protagonismo. El reencuentro entre los camaradas animaba los recreos.

Algunos no habrían de regresar. Eran los expulsados por no haber superado las pruebas del curso anterior. Salieron el último día por la Puerta de los Burros con sus orejas de asno, jaleados por sus compañeros, que les escupían hasta bañarlos en saliva. Era un rito que cada año se cumplía estrictamente en esta Universidad.

Previamente a ese bullicioso acto, se celebraban los exámenes de grado para quienes aspiraban a la Licenciatura. Se realizaban en latín —a lengua oficial de esa Universidad—, pero también en griego y hebreo. Eran abiertos a un público estudiantil que participaba activamente en las pruebas. A esa vociferante jauría se destinaba el “gallinero” que coronaba el interior del Paraninfo. Desde allí, aquellos jóvenes lanzaban preguntas absurdas ó tramposas al examinando, para inquietarle y turbarle en sus respuestas. Era otra costumbre aceptada por los catedráticos, que sólo de cuando en cuando ponían límite y freno a estas intervenciones jocosas.

El curso que precede al triste hallazgo de la muchacha, un alumno destacó entre sus compañeros por su inteligencia y conocimientos. Se trataba del hijo del duque de Sigüenza, Felipe de Medina, que aspiraba a conseguir el grado de Licenciado en Teología y alcanzar después el Doctorado. Felipe era el menor de una numerosa prole, más afanada en disfrutar de la notable heredad de sus progenitores que en asumir obligaciones. Pero el benjamín mostró siempre inclinación por los estudios y consiguió por fin autorización de su padre para ingresar en la Universidad.

Alcalá era, a la enseñanza de la Teología, lo que Salamanca ó Valladolid a la Jurisprudencia. Muchos eran los estudiantes que aspiraban a doctorarse en esa materia, atraídos en gran parte por la Biblia Políglota Complutense, la joya del Colegio de San Ildefonso. Impulsada por el cardenal Cisneros, constituía un riguroso estudio científico basado en la comparación de las distintas versiones del libro sagrado: latina, griega, hebrea y aramea.

Con energía renovada afrontaba el nuevo curso don Felipe de Medina, ansioso por reencontrarse con amigos y compañeros de distintas procedencias. Durante años, no tuvo oportunidad de relacionarse con otros jóvenes que no fueran sus hermanos o sus primos. La Universidad le había abierto la mente, ampliando su percepción de otras realidades muy distintas a la suya.

Felipe buscó en vano, durante los primeros días, a su amigo Diego. Habían trabado amistad el curso anterior. Y, si bien durante un tiempo aquel joven se mostró tímido y huidizo, la actitud franca y afectuosa del de Medina pronto fue correspondida. Ambos muchachos compartían un ansia de conocimiento que enriquecía su amistad.

Se conocieron en el Patio principal del Colegio de

San Ildefonso. Diego parecía un niño entre aquellos otros compañeros que le gastaban bromas por su frágil aspecto. El de Medina intervino y el asunto se zanjó sin mayores problemas. Desde ese día mantuvieron una relación muy cordial y hasta entrañable.

Al poco de intimar, Diego le explicó que se encontraba ciertamente desplazado en aquel entorno, más por la actitud descarada y avasalladora de algunos estudiantes que por la rigidez de la Institución, a la que pronto se había acomodado. Era inteligente y estudioso, aunque excesivamente discreto. Dijo haberse criado en un ambiente sencillo pero cultivado. Su padre –ya fallecido– había sido comerciante, aunque también hombre amante de las artes y las letras. Amasó cierta fortuna que le permitió educar con esmero a su hijo, en la confianza de que éste alcanzaría la formación suficiente como para labrarse un futuro prometedor si los negocios familiares entraban en declive. Sin embargo, el pobre hombre no llegó a ver entrar a su vástago en la Universidad porque murió antes de que el muchacho accediese a ese grado.

Movido por el celo de sus progenitores, Diego aprendió de niño Gramática y Filosofía, Latín y Griego. Había leído a Platón, a Homero y Virgilio, a Dante y Petrarca, y también a Lope de Vega y Calderón de la Barca entre otros autores. Venía de cursar estudios en la Universidad de Valladolid y así lo había acreditado a la hora de inscribirse en la de Alcalá, donde deseaba licenciarse en Filosofía. Los alumnos procedentes de otras Universidades debían además someterse a ciertas pruebas para ser aceptados. Se trataba de leer públicamente una serie de lecciones para demostrar un nivel comparable al de sus compañeros. Y el de Bravante superó estos ejercicios con éxito, movido sin duda por el afán de cursar una materia como la Filosofía, que en Alcalá había alcanzado un reconocido prestigio.

La madre de Diego había nacido en las Indias españolas, aunque él nunca quiso detallar su procedencia exacta ni su condición. A tenor de los rasgos del muchacho y de su pálida tez, no debía tratarse de ninguna indígena sino más bien de la hija de algún español afincado en las colonias. Falleció a causa del tifus cuando él era un niño, pero poco más pudo indagar Felipe ya que el joven rehuía hablar de su familia. Un día, cansado de la insistencia de su amigo por conocer la ciudad ó provincia de la que era originaria su madre, Diego respondió:

—Abraxa, capital de... los cuerdos. Por eso vos nunca viajaréis allí, querido Felipe, sino más bien os encaminaréis por mérito propio a la lejana Udepotía...

La anécdota concluyó en un simulacro de pelea que pronto la campana de la Iglesia de San Ildefonso cortó, llamando a misa. Los dos camaradas se abrazaron riendo, y nunca más Felipe volvió a preguntarle a Diego detalles acerca de su familia, por temor a incomodarlo. Pero nunca olvidó aquellos dos sonoros nombres de ciudades que —pensó— su amigo había inventado para burlarse de él.

Ahora, el mismo toque de campana interrumpía las cavilaciones de Felipe. Había buscado a su compañero por todo el Colegio. Había preguntado a unos y a otros, sin obtener respuesta... No todos recordaban a aquel alumno, aventajado pero discreto. Algunos, sin embargo, conservaban en la memoria cierto desagradable suceso que se produjo a finales del curso anterior, y del que Diego fue protagonista...

Felipe no gustaba de evocar aquel hecho tan brutal. Pero, al poco, pensó que podía tener relación con la desaparición de su amigo. Diego tenía que someterse a una prueba o examen que parecía desarrollarse satisfactoriamente. De súbito, una voz bronca y desagradable lanzó una pregunta, desde lo alto del Paraninfo, que nadie pareció comprender. Fue hecha en lengua

extraña— que bien podría ser el arameo— y aquella corta frase, expresada desde un rincón, resultó ininteligible para todos... menos para Diego.

La actitud del pobre muchacho consiguió revolucionar al gallinero, por desproporcionada. Primero se quedó mudo. Después empezó a titubear, balbuceando torpes palabras que nadie entendió. Se le veía excesivamente alterado. Y pronto las risas y chanzas de algunos alumnos consiguieron un efecto devastador. Diego salió corriendo de la sala y Felipe no consiguió dar con su paradero. Lo intentó durante horas, pero al caer la tarde tuvo que desistir. En la puerta principal del Colegio le aguardaba el carruaje que habría de trasladarle a la residencia ducal, donde pronto estaban a celebrarse los esponsales de su hermana doña María.

A su regreso a la Universidad, tras el período estival, Felipe buscó en vano a su amigo por todo el Colegio. Harto de indagar, el muchacho decidió consultar el Archivo del Colegio de San Ildefonso, en el que se guardaba toda la documentación relacionada con la institución universitaria. Su rango le facilitó el acceso a los Libros.

Allí no figuraba el nombre de aquel joven, que sí constaba como inscrito el curso anterior. Ya sin esperanzas de encontrarlo, el de Medina se dio de bruces con el Consejero y Rector en Funciones, don Juan de Montemayor. Este le saludó muy efusivamente, preguntándole por sus progenitores e interesándose por las disciplinas que más atraían al muchacho en este nuevo ciclo que comenzaba.

—Don Juan, antes de retiraros... ¿podrías concederme un favor?.

—Por supuesto, Vuestra Merced dirá. ¿Qué se os ofrece?

—Busco a un amigo. Su nombre es Diego de Bravante. Era estudiante de Filosofía. No he conseguido encontrarlo, y

eso me extraña. Tal vez aquel desagradable suceso en el que se vio inmerso el curso pasado lo haya desanimado...

—¿Diego... de Bravante?. No lo recuerdo.

—Oh, sí, señor. ¿No os viene a la memoria aquella absurda algarada que se produjo el día en el que mi amigo se sometía a cierta prueba?. Alguien le lanzó una pregunta tan incomprensible y tan desacertada que le hizo dudar, y él salió huyendo. Yo creo que lo que le indignó fue la burla de algunos estudiantes.

—Ya recuerdo. Aquel joven tan destacado y tan tímido... Y aquel incidente... Sin duda pudo influir, pero no creo que haya sido motivo para que abandonase sus estudios. Dejadme averiguarlo.

—Os quedaré agradecido, señor.

Juan de Montemayor se puso en marcha de inmediato para satisfacer a Felipe. Deseaba agradar al hijo del Duque de Sigüenza. Y sería fácil comprobar si aquel Diego de Bravante había renunciado a su matrícula en Alcalá. Constan otros casos. Algunos jóvenes se retiraban al no superar las pruebas. Otros, eran rechazados por los profesores. Algunos enfermaban...

La mente de Juan de Montemayor era ciertamente lúcida. Un estudiante de menos no suponía nada del otro mundo. Pero la coincidencia de aquella desaparición con el lúgubre suceso de aquel verano... ¿Acaso estaría Diego involucrado en el crimen de la muchacha? ¿Mantendría con ella un galanteo que derivó por mal camino? ¿La habría citado allí, aprovechando el alborotado ambiente de final de curso, y le habría dado muerte...? Alguien “de dentro” tuvo que conducir a la joven al interior del recinto, que por lo general resultaba infranqueable.

El Consejero recordó el informe del médico: no había signos de violación en el cuerpo de la muchacha. Sólo veneno.

Pero si no hubo motivos libidinosos... ¿por qué la mataron? ¿Qué otros estudiantes del curso anterior habían abandonado la Universidad? Cualquiera de ellos podría ser el asesino que, horrorizado por su propio crimen, o temeroso de ser descubierto, optaría por desaparecer. Y, siguiendo este planteamiento, el tal Diego de Bravante podía resultar sospechoso.

Montemayor se debatía entre su natural inclinación a la verdad y a la razón, y su temor a que la Universidad resultase dañada al descubrirse aquella historia criminal. Deseaba que se hiciera la luz, pero la claridad le incomodaba...Y por ello se sentía en pecado. Ansiaba declarar su miedo, limpiar su conciencia en confesión, pero, en su fuero interno, no se fiaba de nadie... Sólo él, Fontiveri, don Anselmo y el mudo policía de la Universidad –fiel perro de presa– compartían el secreto. Ellos y el discreto magistrado, que había rodeado del máximo secreto el sumario de este caso...

Por el momento, el Consejero decidió ir cotejando las identidades de aquellos alumnos que no se habían presentado al nuevo curso, para intentar hallar alguna respuesta. Sus pesquisas podrían, de paso, conducirlo al paradero de Diego que a todas luces sería inocente del crimen– para así contentar al duquesito.

Efectivamente, constaban en el Registro las acreditaciones que el tal Diego de Bravante había entregado al acceder a esta Universidad. En ellas se certificaban sus estudios en la Escuela de Gramática vallisoletana, la obtención del grado de Bachiller y un primer curso de Filosofía en aquella cátedra. ¿Por qué se trasladó el joven hasta Alcalá de Henares?. Probablemente le guió la excelente fama alcanzada por esta Universidad no sólo en esa materia, sino en muchas otras como la Medicina o la Teología y, especialmente, el Derecho Canónico.

Pero el rastro de Diego de Bravante se perdía en el

mes de julio, cuando abandonó precipitadamente el Colegio de San Ildefonso y, tal vez, la propia villa de Alcalá de Henares. Sin embargo, urgido por otros asuntos y, en especial por una anunciada visita del Canciller, el Consejero descuidó temporalmente sus pesquisas sobre la misteriosa desaparición del muchacho.

— A primeros del mes de octubre se reunió el Claustro de la Universidad. De modo extraordinario asistió en dicha ocasión el propio Canciller que prolongó su estancia más de lo previsto. La elección de Juan de Montemayor como Rector fue unánime. Nadie se molestó en interpretar la llamada a capítulo a su predecesor, don Gonzalo, que nunca habría de regresar a esa casa.

A tenor de éste y otros nombramientos, y recobrada de pleno la actividad universitaria, el triste suceso de la muchacha muerta en el Patio de los Continos parecía trasladarse a un segundo plano.

&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·

Felipe no olvidaba a su amigo Diego. Recordaba sus discusiones en latín sobre cuestiones filosóficas y teológicas. Y evocaba especialmente algunas escapadas por la ciudad visitando la Catedral, la calle porticada... y también las prósperas alfarerías y el mercado, repleto de bulliciosos puestos ambulantes. Con cierta frecuencia, los muchachos compraban fruta y miel –que no abundaban en la dieta del Colegio– y también algunas fruslerías. El duquesito manejaba un holgado presupuesto y, en ocasiones, satisfacía a escondidas los deseos de su amigo –más corto de dineros– y lo sorprendía con algún obsequio cuando ya aquel no podía obligarle a devolverlo.

Aquel invierno fue particularmente frío. Felipe gozaba de una situación envidiable y disponía de sus propias habitaciones en el Colegio de San Ildefonso. No obstante, unas fiebres mal curadas hicieron temer por su salud. Y como él se negara a marchar a su casa para ser atendido por el médico de la familia, se decidió que un científico de la categoría de don Anselmo de Quijana lo visitase para recetarle un remedio. Finalmente, la cita tuvo lugar en el Hospital de San Lucas.

El joven Felipe se mostró tan amable y tan humilde en su encuentro con el galeno, que éste pronto sintió por él gran simpatía. Examinándole a conciencia le recetó unas semanas de reposo, unas sesiones de vahos curativos, y una dieta rica en líquidos.

–En San Ildefonso abusan del cordero y del tocino –sentenció– y os racionan más el agua que el vino, querido muchacho...Aquí beberéis mucho y orinaréis más. Pronto esas mucosidades desaparecerán de vuestro pecho.

Como Felipe no se encontraba especialmente débil no hubo que recurrir a encamarlo. Con la benevolencia de don Anselmo, el joven pronto se dedicó a deambular por las zonas del Hospital de San Lucas que no estaban ocupadas por camas de estudiantes enfermos. Y en su curiosidad juvenil, no tardó en abrir puertas que permanecían cerradas a los extraños. Una de esas puertas habría de conducirle al propio despacho particular del médico.

–Pasad, pasad...¿Os habéis perdido?

–Disculpad, señor. No era mi intención. He creído cruzar la galería que me trasladaría al ala de Farmacia...Me gusta contemplar los tarros y los herbarios que allí se guardan.

–No importa. Mirad, mirad bien. ¿Veis ese esqueleto? Pertenció a un ilustre familiar del mismísimo Cardenal

Cisneros. Donó generosamente sus restos a la Ciencia para el estudio del cuerpo humano, y nuestro fundador lo trasladó aquí. Yo le llamo cariñosamente *Alter ego*. Espero no os asuste.

—No, por Dios. Así nos mostraremos todos nosotros algún día. Más miedo hay que tenerle a ciertas almas... Veo que guardáis en estos anaqueles muchos tratados interesantes... Y también dibujos de los órganos del cuerpo humano que nunca antes había visto...

Al examinar esos dibujos, uno de ellos resbaló de las manos de Felipe y cayó al suelo. Al inclinarse para cogerlo, el joven se detuvo a examinarlo. De pronto se sintió mareado, aturdido. Y alzando la voz increpó a don Anselmo, arrepintiéndose al momento de su propio tono.

—Pero decidme... ¿qué es esto? ¿Por qué tenéis Vos un retrato de Diego?

—¿Qué decís, don Felipe? Os ruego me devolváis ese dibujo que no tiene ninguna importancia y que no corresponde, en modo alguno, a un varón.

—¿Cómo podéis asegurarlo?. ¿Quién es su autor?

Viendo al muchacho tan alterado, don Anselmo le invitó a sentarse en una butaca. Y eligiendo sus palabras, le explicó que aquel dibujo representaba a una joven que había fallecido en el Hospital de Pobres de Antezana, y cuya autopsia le había sido confiada a él por hallarse ausente el médico que debía haberla practicado.

—No es posible. Este muchacho es Diego de Bravante, mi amigo. ¿Cuándo hicisteis este dibujo?

Don Anselmo le insistió en que el cadáver era el de una mujer joven y de cabellos rubios, y que él había preferido pintar su cabeza desnuda para poder estudiarla mejor. Felipe le atajó.

—Rubia decís... Y rubio era también mi amigo, como esta joven. De tez pálida, de boca fina y firme mandíbula. Es

Diego, no hay duda. ¡Y está muerto...muerto, Dios mío...!

—Tomad un poco de agua. Debo deciros, para vuestra tranquilidad, que pude examinar con detenimiento el cuerpo y os aseguro que se trataba de una mujer. Su pecho, sus caderas, sus partes íntimas...en fin, una doncella. La pobrecilla murió por la ingesta de un veneno abominable. No puedo deciros más. El resto pertenece al secreto de mi condición.

Felipe se retiró al poco, pero esa noche no pudo descansar, ni tampoco las siguientes. Rehuía el encuentro con don Anselmo, y pensó solicitar el alta para regresar al Colegio de San Ildefonso. El buen doctor se sintió apesadumbrado. Aquel incidente le había molestado, pero sobre todo le dolía renunciar a la amistad de aquel sensible muchacho. Por otra parte, revivir el hallazgo de la joven muerta en el estanque le atormentaba. Nada nuevo había podido aportar él a las investigaciones. La pobre niña estaba enterrada y nadie parecía llorarla. Y ahora el duquesito la confundía con un estudiante amigo...

Don Anselmo, a fuerza de pensar, elaboró una teoría que podría contentar a Felipe. Aquella muchacha bien podría ser una hermana ó alguna parienta próxima del tal Diego de Bravante. Se dan casos de gran parecido entre familiares... ¿Nunca le había hablado su amigo de una hermana gemela? ¿O de alguna prima? Acaso pudo darse una tragedia doméstica que justificase la muerte de la joven...

Una noche de esa misma semana —víspera de la fecha en la que Felipe pensaba regresar por voluntad propia a San Ildefonso— el médico le citó en su despacho a través de una afectuosa misiva. Deseaba plantearle éstas y otras posibilidades, más por contentar y calmar al joven que por curiosidad natural.

Felipe se mostraba más tranquilo en apariencia, pero su actitud era algo distante. Aceptó por cortesía y gratitud la invitación de don Anselmo, quien lo recibió en su despacho

y le ofreció una copita de aguardiente. Felipe explicó cómo había buscado en vano a su amigo. Le relató algunas de las experiencias vividas con Diego, y se refirió a aquella disputa jocosa en la que aquel describió el lugar de nacimiento de su madre...

—Abraxa...Interesante. ¿Y luego...?

—Luego se refirió a otro país al que me destinaba, riéndose de mí. Dijo que era un lugar habitado por locos. Udepotía.

—Vuestro amigo conocía bien la gran obra de Tomás Moro, *Utopía*. ¿Y Vos?

—Debo confesaros que no. Admiro la obra y la coherencia vital de Moro, pero nunca me detuve a leer su *Utopía*. Sé de su existencia y de la filosofía que la inspira. Pero su tono humorístico y en ocasiones irónico no me atrae. Mis conocimientos se centran en la obra del excelso maestro Erasmo, su gran amigo y controvertido autor, cuya defensa por parte de esta Universidad ha sido notoria. A Dios doy gracias porque aquellos tiempos de ataque infundado a ese gran pensador hayan quedado atrás.

—Bien, bien... Pero volviendo a Moro...Debo explicaros que en su *Utopía* describe el país de Abraxa como un lugar cabalístico, al que invita a ir a aquellos que no quieran considerarse locos. Y más adelante nos habla de Udepotía, un lugar imposible..., algo así como un país de nunca jamás. Es evidente que vuestro amigo bromeaba. Y lo es, también, que conocía la obra de Moro mucho más que la mayoría de perezosos estudiantes de esta Universidad ...

Don Anselmo intentaba, con sus palabras y con el tono que les imprimía, tranquilizar al joven duquesito. Pero a medida que avanzaba la conversación, el médico se interesaba más por descubrir la personalidad del amigo desaparecido. Su teoría del posible parentesco con la muchacha muerta se

afirmaba. Pero, ¿por qué Diego nunca le habló de su hermana a Felipe? Y sobre todo, ¿qué fue de aquella familia? ¿Dónde estaba Diego y por qué había roto todo contacto con su amigo y con la Universidad?

Las preguntas surgían una tras otra. Hasta que, alzándose de su asiento, Felipe manifestó su cansancio y decidió retirarse. En ese momento, divisó un objeto brillante en uno de los estantes de la biblioteca del médico. Se acercó y lo cogió en sus manos. Era el frasquito de tinta encontrado junto al estanque.

—¿Y qué decís de esto, caballero?

El tono sorprendió al anciano, que se sobresaltó especialmente al ver que el duquesito blandía aquel objeto como si en verdad se tratase de un arma dotada de efecto nefando.

—Dejad eso, don Felipe. Ese frasco fue hallado en el escenario de un crimen, y ya comprenderéis que no puedo ofrecer más detalles.

—¿Un crimen? ¿Qué decís?. Esta botellita la compré yo mismo en Alcalá y se la regalé a mi amigo Diego, que la había estado contemplando con mucho agrado. Ahora debéis hablarme con sinceridad, don Anselmo. ¿Qué relación tiene vuestro dibujo con este frasco y con la joven de la que me habéis hablado?

Don Anselmo se dio por vencido. Antes de comenzar su relato, pidió a su interlocutor que se comprometiese, en juramento, a no divulgar ningún detalle de la truculenta historia. Y a medida que describía la escena del cadáver flotando en el agua, el rostro de Felipe palidecía y evidenciaba un sentimiento de horror y pena, de incredulidad y estupor.

—Pero..., ¿acaso no ha prosperado la investigación de estos hechos?

—Señor; vos sabéis que la Universidad de Alcalá es un

orbe en sí misma, un mundo muy amplio por su dimensión y por sus saberes, pero también muy cerrado debido a su organización, a la jerarquía que lo controla... Su autonomía es prácticamente total. Nadie, o casi nadie, puede interferir en sus asuntos. Además, las relaciones con la ciudad no siempre han sido perfectas. Un crimen así, tan horrendo, podría escandalizar y asustar a los vecinos. Por otra parte la entrada de las mujeres a ese recinto está absolutamente prohibida. Si este suceso se divulgase... En fin, yo sé que tanto el Alguacil como el Justicia han llevado a cabo pesquisas, aunque infructuosas, para dar con el asesino. Pero éste se resiste. No hay señales del crimen, no hay pruebas... Esta muchacha se asemeja, ya en vida, a un fantasma... Quizás nunca existió. Quizás la hemos soñado, querido amigo... Y quizás Vos también soñáis, al hallarle parecido con un camarada vuestro. ¿Cabe mayor disparate, si no os ofendéis por ello?

—Pero por Dios, don Anselmo...¿Cómo explicáis el hallazgo de esta ampolla de cristal que perteneció —os lo juro— a mi amigo Diego? Podría incluso llevaros al lugar donde la compré. Tal vez se acuerden de mí.

—A esa pregunta, don Felipe, deberá responder el Alguacil cuando se la expongamos. Y creo que debemos hacerlo cuanto antes. Si no os importa, mañana mismo pondremos esta información a su disposición.

&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·&·

Don Alonso Fontiveri recibió el recado de don Anselmo en pleno luto por la muerte de su esposa, fallecida tres semanas antes a causa del temido garrotillo. La maldita difteria se había cobrado muchas vidas ese año. Dado que el propio médico había certificado en persona la muerte de la pobre señora, intentó ser delicado en tan terribles momentos, imprimiendo sincera cortesía a su demanda cuando solicitó del Alguacil que la atendiese.

Fontiveri no había permanecido ocioso en aquel lapso de tiempo, desde la aparición de la joven del estanque. En un principio investigó a algunos personajes que –según sus cálculos– podrían haber resultado sospechosos hallándose en el recinto colegial en las fechas del supuesto crimen. Para ello contó con la ayuda del jefe de la policía universitaria, Fermín Labarta.

especialmente conflictivos, y también en varios de los servidores que habitaban en San Ildefonso. Pretender ampliar sus pesquisas a las cerca de cuatro mil almas que poblaban los cuarenta colegios menores, conventos, hospital y demás edificios dependientes de la universidad cisneriana, hubiera resultado imposible... Y aún más: la villa entera debería incluirse en este protocolo. Tan ingente había sido la obra y la influencia del Regente y Cardenal, que prácticamente la vida entera de esa población giraba en torno a la Universidad.

Fontiveri y sus ayudantes siguieron también los pasos de algunos elementos indeseables que habitaban o visitaban Alcalá en aquellos tiempos: ladronzuelos, borrachos, clientes de prostíbulos, mendigos... Pero nada se obtuvo a cambio de sus sobornos y amenazas. Además, aquella palabra escrita en latín sobre el pecho de la muchacha hacía pensar que el asesino era, cuando menos, alguien con estudios.

Recientemente, sus pesquisas habían derivado hacia otros objetivos. El magistrado Tomás Bellido, en una de sus reuniones con el hoy Rector Juan de Montemayor, fue advertido discretamente por éste sobre la posibilidad de que algún estudiante no presentado en el actual curso pudiera tener relación con el crimen.

El hábil Montemayor no había olvidado los ruegos del duquesito cuando imploró su ayuda para indagar sobre el paradero de su amigo Diego. Y si la justicia investigaba a los estudiantes que, sin causa justificada, no se habían presentado en el actual curso..., quizás se localizaría el paradero del de Bravante. No le costó mucho convencer al magistrado de que ampliase el ámbito de las pesquisas.

El Alguacil Fontiveri, a requerimiento de don Tomás Bellido, desplegó de inmediato una compleja red de agentes

que —desplazados a otras ciudades y pueblos— le ofrecían periódica información sobre los estudiantes que habían causado baja en Alcalá. Algunos fueron descartados de inmediato, al ser constatado su fallecimiento, una repentina enfermedad o sencillamente alguna complicación familiar que requería su regreso al domicilio paterno.

La mayoría había desistido por motivos obvios: mal rendimiento académico, o crisis de una falsa vocación ilustrada... Los hijos de los ricos accedían a esta Universidad, concebida inicialmente por Cisneros para pobres, buscando ocupar un puesto destacado en la propia Institución y especialmente en la Corte. El ideal cisneriano de pobreza e igualdad había ido derivando tras su muerte, y en San Ildefonso fueron creciendo los grupos de presión que habrían de controlar la estructura del Colegio y, por ende, de la Universidad.

A estos jóvenes, hijos de familias influyentes, se reservaba el grado de colegial que, en número de treinta y tres, regía muchos aspectos de la vida cotidiana del Centro, participando con voto en el Claustro que se celebraba cada primer viernes de mes, presidido por el Rector y sus tres Consejeros ó Consiliarios. También entre los colegiales se nombraba al Rector, que ostentaba la máxima autoridad en todo el ámbito de la Universidad. Los Capellanes y los estudiantes Porcionistas —escolares honestos que podían pagar su manutención— completaban el grueso de la compleja estructura interna del Colegio de San Ildefonso.

Fontiveri había dado prácticamente por inútil su investigación. Ninguno de los personajes abordados por sus agentes carecía de coartada en las fechas del falaz crimen. Hasta que, llegado a Valladolid, un tal Benigno Entrambasaguías informador y confidente muy fino y sagaz— encontró una pieza extraña en el tablero, una nota discordante,

una sombra difusa...

El agente había contactado con dos familias del lugar: los Núñez de Valmore y los Bravante. Con la excusa de una falsa amistad, se interesó por dos estudiantes así apellidados, oriundos de Valladolid y no inscritos en Alcalá en el presente curso, aunque sí en el anterior. El primero de ellos, don Yago, había tenido que asumir las responsabilidades familiares como heredero al haber fallecido su padre. Pero en el caso de don Diego, la pieza no encajaba.

Recibió a Entrambasaguías una dama de edad avanzada y exquisitos modales, llamada Balbina. Era ésta la hermana mayor de don Zacarías de Bravante, un acomodado comerciante que había recorrido medio mundo y que murió años atrás, dejando una buena dote para sus hijos. Su esposa Patrocinio, una bella mujer nacida en Lima de padres extremeños, le había dado dos vástagos. El mayor, Diego, había cursado estudios en la Universidad de Valladolid, consiguiendo un buen nivel académico en el primer año de Filosofía.

Por desgracia aquel buen muchacho, juicioso y estudioso, había muerto en un desgraciado accidente. Y la hija, la linda Isabel, la hermana de Diego, había desaparecido al poco, sin que hasta este momento doña Balbina hubiese logrado conocer su paradero. La pobre mujer se sentía destrozada. No tenía más familia que aquellos dos sobrinos, y pronta estaba a ingresar en un Convento al que legaría todos los bienes de la familia, si en un tiempo razonable Isabel no aparecía.

Doña Balbina trazó un perfil bastante concreto de la joven. Era sumamente agraciada y guardaba un gran parecido con su hermano. En cuanto al carácter de la muchacha, su tía la definió como una fémima voluntariosa, algo tímida pero de notable temperamento, y muy culta y distinguida.

La esposa de don Zacarías, en los largos períodos de

ausencia de su esposo, había dedicado todo su tiempo a la educación de sus hijos. Primero les había procurado un tutor. Después, había conseguido que Diego cursase los estudios en la Escuela de Gramática, como paso previo a su ingreso en la Universidad de Valladolid.

Al padre no le estorbaba que su hijo estudiase. Estaba cansado de recorrer el mundo con sus negocios, y deseaba para Diego un futuro más sosegado. Si conseguía licenciarse, ya le procuraría algún asiento entre la burocracia. Cierto era que aquellos tratados de Filosofía que tanto atraían al joven poco tenían que ver con el mundo de las Leyes, tan indicado para labrarse un porvenir... Pero ya intentaría él buscarle un buen acomodo, pues contaba con amistades influyentes en muchas ciudades.

Isabel, por su parte, era si cabe más inteligente que su hermano. Dominaba la Gramática. Conocía el Latín y el Griego. Había recibido clases de Música. Solía escribir a escondidas cosas que sólo su madre podía leer con su consentimiento. Y no deseaba, como las otras jóvenes de su edad y condición, casarse y tener hijos, sino continuar estudiando. Doña Balbina la había oído a veces, oculta tras una cortina, recitar versos de poetas latinos y otros textos en lenguas extrañas que ella no conseguía identificar.

La complicidad entre Isabel y su madre era muy estrecha. Cuando ésta murió de unas fiebres la pobre niña estuvo varios meses sin hablar con nadie. Sólo la lectura la confortaba. Finalmente, cuando Diego comunicó su intención de ingresar en la Universidad, la joven pareció animarse de nuevo. Continuamente hablaba con su hermano en Latín –la lengua que regía en esa institución– y simulaba a veces examinarlo, consiguiendo que el muchacho, rendido al fin, reconociese para ella el título de “catedrático”.

Pero aquella felicidad era sólo temporal. La muerte de Diego supuso el final. Y la hermosa Isabel desapareció una noche sin dejar rastro, llevándose algunas de las pertenencias del hermano: ropas, papeles, libros... La pobre doña Balbina acabó de relatar su historia sumida en un mar de lágrimas. Entrambasagüas le prometió, al despedirse, que intentaría averiguar cualquier dato que ayudase a localizar el paradero de su sobrina.

De nuevo en Alcalá, el agente informó al Alguacil de sus pesquisas, insistiéndole en que don Diego de Bravante había estudiado en la Universidad de Valladolid hasta su fallecimiento. Pero entonces, ¿por qué figuraba su nombre en el Registro del Colegio de San Ildefonso?

Hasta aquí, el relato con el que Fontiveri informó a don Anselmo y a don Felipe sobre las pesquisas realizadas. A continuación, el médico expuso al Alguacil la teoría del duquesito, referida al gran parecido entre la joven muerta y Diego. También hizo referencia al tintero que aquél dijo haber adquirido para regalárselo a su amigo. Después se hizo el silencio. Todos parecían reflexionar, y la gravedad de sus rostros delataba una terrible sospecha. La conclusión fue unánime: ¡Isabel era Diego, y Diego era la muchacha muerta del estanque!.

El joven duque se hallaba visiblemente alterado. Su rostro, pálido. La frente, sudorosa. La boca, contraída en una mueca. Una copa de aguardiente servida por el bueno de don Anselmo le ayudó a reaccionar. Los tres caballeros bebieron en silencio. Apuraron el trago y luego se desmoronaron en sus asientos. A partir de ese momento se produjo una conversación a tres bandas, con la que pretendían hilvanar aquellos datos inconexos.

Estaba claro que Isabel había usurpado la personalidad

de su hermano muerto. Se deducían sus pasos posteriores: vistiendo las ropas de Diego y presentando sus acreditaciones como alumno de la Universidad vallisoletana, había conseguido acceder a la de Alcalá de Henares. Muy inteligente debió ser, además de hábil, para engañar a sus maestros y condiscípulos. Nadie la había descubierto.

Hasta ese punto, la historia parecía verosímil a pesar de su carácter extraordinario e incluso grotesco, ya que la burla a la Institución universitaria era sonora. Pero... ¿quién y por qué asesinó a la joven, y en qué circunstancias acació su muerte?. El Alguacil no pudo aportar nuevos datos al respecto, aunque todavía le quedaba por relatar a sus contertulios el final de su historia.

—Deben saber Vuestras Mercedes que hace unos días informé al Rector de los resultados de nuestra investigación en Valladolid. Le resumí el relato de doña Balbina a mi agente Entrambasaguías dejando claro que Diego de Bravante había fallecido tiempo atrás. Como es natural, le comenté la desaparición de la joven Isabel, pero en ningún momento la señalé como impostora. Yo mismo no lo hubiera sospechado hasta este momento... De cualquier forma, todavía no he recibido comunicación posterior de don Juan de Montemayor. Habrá esperado prudentemente a que pasara mi duelo, prefiriendo no importunarme...

Fontiveri se equivocaba. El Rector, tras recibir al Alguacil, se había apresurado a informar al Canciller— como autoridad superior— de los resultados de aquellas pesquisas. El Canciller, movido por la prudencia, habló en privado con el Justicia de Alcalá. Juntos concluyeron que el joven Diego —al que el Duque buscaba en vano— había muerto tiempo atrás y que, evidentemente, no llegó nunca a ser alumno de Alcalá y mucho menos autor de la muerte de la mujer del estanque.

Pero el asunto era grave. Alguien había usurpado la personalidad de aquel muchacho, ya que un tal Diego de Bravante—obviamente utilizando nombre falso—había llegado a cursar estudios en San Ildefonso. ¿Con qué fin? Sin duda debió tratarse de algún conocido del joven que, al saber de su muerte, quiso aprovecharse de esa circunstancia. Incapaces de resolver el enigma, el magistrado y el Canciller decidieron encomendar a Fermín Labarta una investigación interna sobre este hecho, y se despidieron invocando la iluminación del Espíritu Santo.

La reunión de don Anselmo, Fontiveri y don Felipe, se había prolongado hasta la medianoche. El duque estaba muy afectado. Tan pronto se dolía de la muerte de su amigo, como se indignaba por su engaño. No comprendía las razones que impulsaron a Isabel a travestirse adoptando las ropas y maneras de un hombre. Se asqueaba de sí mismo al reconocer el afecto que mostró por el amigo, y llegó incluso a atormentarse pensando si, en el fondo, no le guió en su amistad alguna atracción pecaminosa.

Dudaba de todo —aun de su propia lucidez— y aquella historia le obsesionaba, impidiéndole estudiar o conciliar el sueño. Pensó buscar consuelo en la confesión, pero le horrorizaba propagar una historia que otros manejaban con sigilo, incluyendo al propio Rector. En su estado, decidió proseguir su convalecencia en el Hospital de San Lucas. Lo que menos deseaba en esos momentos era encontrarse con Montemayor y escuchar su incompleta versión sobre la desaparición de su amigo.

Don Anselmo estaba acostumbrado a tratar muy diversas enfermedades, incluidas las del alma. Y sentía gran compasión por el duquesito. Con tiento y con mucha perspicacia, el médico le fue ayudando a escindir las figuras de Diego e Isabel que, para el joven, parecían fundidas en un único ser. Era un primer

paso, decisivo para la salud mental del duquesito. Cuando éste se le antojó más calmado, le pidió que recordase algunos de los momentos vividos con su compañero. Aquel ejercicio podía resultar muy conveniente para desterrar el indeseable rencor que don Felipe mostraba hacia quien fue su amigo.

El joven le habló a don Anselmo de su primer encuentro con Diego, de sus conversaciones mientras paseaban bajo las arcadas claustrales, de sus visitas a la Biblioteca, adonde su camarada solía acudir para sus estudios y consultas...

La vida de los estudiantes era ciertamente dura: ocho o nueve horas de clase, una notable disciplina que regía la vida de los Colegios, y tan sólo una veintena de fiestas a lo largo del año, a excepción de una semana de vacaciones en Navidad, otra en Semana Santa y el mes de descanso estival.

Felipe recordaba que su amigo permaneció en San Ildefonso tanto en la Navidad como en la Pascua pasada, aduciendo que un viaje a Valladolid por tan poco tiempo no le convenía. Al duquesito no le extrañó este razonamiento, que era común a muchos estudiantes procedentes de ciudades distantes. Sin embargo, ahora comprendía que Isabel no podía regresar a su casa por temor a verse descubierta en su engaño, y se valía de aquel pretexto para permanecer en Alcalá durante las pausas vacacionales.

Evocó a continuación aquellas ocasiones en las que él y Diego salían de correría por la villa y aprovechaban para disfrutar de un poco de libertad. Esos momentos fueron los más felices de su relación, ya que les permitían despojarse de la férrea disciplina colegial y mezclarse con otros seres ajenos a la población estudiantil, tan encerrada en sus propios conflictos e intereses.

Una vez el duquesito pareció reconciliarse con la memoria de su amigo, don Anselmo le pidió que le describiese

algunos rasgos de su carácter. Despejada su ira, el joven podría aportar datos más concretos sobre la personalidad de la muchacha y su relación con otras personas del Colegio. Sin embargo, Felipe continuaba evocando la figura de un varón, como si rechazase todavía aquel engaño. El médico se mostró benevolente, concediéndole esta licencia. Y así, mientras el uno hablaba de Diego, el otro se representaba a Isabel llena de vida, pletórica, dispuesta a cumplir su propósito y rendida al mismo tiempo a la amistad con el duquesito.

A través de sus descripciones, Felipe dibujaba a un joven de carácter, pero algo vulnerable. Tenía Diego un sentido muy rígido de la justicia, y le costaba ser comprensivo con quien abusaba del poder o de una situación privilegiada. Era brillante pero rehuía destacar en actos públicos. Con él se mostraba delicado y sensible, tratándolo casi como a un hermano y defendiéndolo incluso frente a algunos compañeros insolentes. Pero a veces se volvía desconfiado, hosco e incluso cínico, tendiendo a la burla y a los desmentidos. Esa tendencia se había incrementado en los últimos tiempos, en los que Diego se había mostrado huidizo, extremadamente nervioso...

El médico interpretó sagazmente estas descripciones. Debió ser muy difícil para Isabel adoptar actitudes varoniles ajenas a su naturaleza y mantener el engaño ante una nutrida comunidad de varones. Eso daba pruebas de su enorme voluntad y de la firmeza de sus convicciones. Pero sin duda debió desfallecer en muchos momentos. Y una amistad tan noble y sincera, tan tierna y fraternal como la que le proporcionó Felipe, la hacía vulnerable. Por eso, tal vez, aquellos repentinos cambios en su carácter. La violencia o el insulto no eran armas para una doncella, y por ello se valía de la ironía, de la burla inocente, cuando pretendía defenderse. Si de algo no debía dudar Felipe era de la honestidad que la joven demostró para

con él, brindándole una amistad que a ella, en el fondo, no debiera convenirle.

Con estas consideraciones, don Anselmo consiguió ganarse la confianza del duquesito, que en su fuero interno deseaba reconciliarse con el amigo desaparecido. Hasta tal punto obró la perspicacia y el buen tino del galeno, que Felipe pasó de inmediato a enumerar las muchas virtudes de Diego: sus grandes conocimientos, su innata predisposición a la Filosofía, su curiosidad por hallar una razón a cualquier hecho que se le plantease...y un generoso corazón que le llevaba a desear un mundo más justo y feliz para todos los mortales.

—Utopía —exclamó de pronto el médico— es la clave. Vuestra gentil Isabel había bebido en las fuentes de aquella tierra prodigiosa que nos describió Tomás Moro. Creedme, aquel lugar se distinguía por el orden y la equidad. Sus habitantes habían alcanzado un notable desarrollo y los conflictos se resolvían de forma natural. Pero, sobre todo, debierais atender al apartado en el que Moro nos relata el nivel de educación de los utopianos: hombres y mujeres eran instruidos por igual en función de su predisposición al conocimiento. Niños y niñas eran educados sin distingo alguno. Este era el gran ideal de Isabel: la Educación. Algo que, en nuestra sociedad, está reservado a los hombres. Son pocas las mujeres que reciben instrucción y, si lo hacen, es en sus hogares. El acceso a las Escuelas les está vedado. Isabel defendió su Utopía hasta tal punto que traspasó las barreras legales y formales, ingresando —con personalidad supuesta— en esta Universidad en la que nadie la reconocería.

Don Anselmo despidió al duquesito rogándole se serenase definitivamente. Le recomendó incorporarse de nuevo a la rutina colegial y afrontar las explicaciones incompletas de don Juan de Montemayor. Ya hablaría él con el Rector para explicarle las conclusiones a las que habían ido llegando, puesto

que no se trataba de un asunto vano. La doble identidad de la muchacha del estanque haría sin duda variar la investigación del caso.

Sin embargo, el buen médico no cesaba de meditar en torno a las confidencias de Felipe. Le costaba creer que Isabel no hubiera intentado, en ningún momento, sincerarse con su amigo. Aquella muchacha era —a pesar de su engaño— noble de carácter, valiente y honesta. Sus inquietudes e ideales estaban muy definidos. Aquel pensamiento utópico la elevaba ante don Anselmo, que también manifestaba cierta predilección por las tesis de Moro. A pesar del sincero afecto que sentía por el joven, el perspicaz galeno tenía la impresión de que Isabel sobrepasaba en cualidades al duquesito, que no parecía comprenderla.

—Dinos algo más, Isabel, muéstranos un camino... musitó el doctor— que nos lleve a distinguir la claridad. Guíanos en pos de esa Utopía que perseguiste en vida, y descansa finalmente en paz.

Don Anselmo, llevado por sus reflexiones, abandonó el Hospital y se dirigió al Colegio de San Ildefonso. Cruzó la entrada principal y, tras acceder al Patio de Santo Tomás, subió la gran escalinata y se encaminó a la Biblioteca. Sus pasos eran firmes y resonaron en la galería.

La Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares era una de las más importantes de su tiempo. Ya en vida de Cisneros había llegado a albergar más de ochocientos ejemplares muy valiosos dedicados a las más importantes cuestiones: Teología, Filosofía, Medicina, Cánones y Lenguas ... También atesoraba una ingente colección de libros exóticos, así como numerosos devocionarios y, por supuesto, los documentos del Archivo interno.

La gran sala se encontraba ubicada en el edificio principal

del Colegio de San Ildefonso, y su ventanal enrejado enriquecía la espléndida fachada. Sus puertas se abrían generalmente todos los días, con un horario adecuado a las horas de luz según la estación del año. Dos bedeles tenían encomendada esta función que a nadie más correspondía puesto que, aunque el acceso a la Biblioteca era libre, el orden que la regía era estricto. Los volúmenes podían ser consultados por cualquiera, pero nunca se prestaban. Permanecían atados con gruesas cadenas a una barra de hierro que garantizaba su seguridad.

Tan sólo los colegiales y capellanes disponían de las llaves con que se abrían los candados de las cadenas. Ellos se encargaban por turno de limpiar los libros y de conservarlos en condiciones. Si alguien infringía estas normas, era duramente castigado. Sin embargo, con los años, el orden y la disciplina que regía el funcionamiento de aquella Librería se había relajado, afectando en algunos casos a los propios y valiosos fondos que la hicieron célebre.

No le fue complicado al médico acceder a la inmensa estancia, que aquel día se encontraba desierta. Algo le decía que Isabel guiaba sus pasos, y que la respuesta a muchas preguntas la encontraría allí, en aquel lugar que tantas veces ella visitó.

El capellán de turno reconoció al punto a don Anselmo y le rogó se sentase en uno de los bancos. Atendiendo a su solicitud, pronto regresó portando el tomo de la *Utopía* que se guardaba en aquella Biblioteca. Se trataba de un valioso ejemplar traducido, nacido de la famosa Imprenta alcaláina que prestigiaba a esta Universidad. El libro tomaba como base las ediciones publicadas en 1518 en Basilea. Reproducía el mapa de la isla soñada por Moro, y un alfabeto de la lengua utopiana.

Don Anselmo no se entretuvo. Conocía la obra, y ávidamente buscó el apartado en el que Tomás Moro explicaba el sistema educativo que regía en aquel feliz país. Una nueva

lectura podría—tal vez—aproximarle aún más a los planteamientos vitales de la muchacha.

Unos pliegos de papel insertados entre aquellas páginas iluminaron de pronto el rostro del galeno. Al desdoblarlos y contemplar el encabezamiento y la primorosa letra, una lágrima se deslizó por su mejilla: “Isabel, Isabel” —murmuró emocionado...

Escrito con apretados caracteres inclinados a la derecha, aquel texto habría de revelar lo que durante meses buscaron infructuosamente— quienes hallaron en el estanque el cuerpo de la infortunada joven. Sin embargo, aquella misiva tenía un destinatario: don Felipe. Convencido de que aquel documento era vital para el desenlace de esta historia, el médico decidió proceder a su lectura. Tal vez el joven duquesito, menos formado y más impetuoso por razones de edad, precisaría de alguna interpretación que nadie mejor que él podría brindarle. De momento, se había ganado la confianza del muchacho. Esa carta podría actuar como un bálsamo o como una daga. Había que proceder con suma prudencia.

Aquellos pliegos de papel resumían la historia de Isabel de Bravante, sus inquietudes y sentimientos, y las razones de su última y terrible decisión.

En el encabezamiento, la muchacha se dirigía al amigo que, durante su estancia en Alcalá, le brindó un afecto y una complicidad que le hicieron recordar al hermano muerto: a su querido Diego, a quien admiraba y amaba tanto como a sus progenitores. Isabel le pedía a Felipe que, ante todo, la perdonase. Su amistad había sido sincera y leal, pero resultaba fácil comprender que la joven no podía desvelar su secreto a nadie. Efectivamente, era una usurpadora. Había adoptado la personalidad de su hermano al morir éste, movida por el firme deseo de acceder a un mundo que tan sólo estaba reservado a los hombres.

Isabel explicaba el gran placer que sintió desde niña por la lectura y su ansia de instrucción. Dedicaba grandes elogios a su madre —una mujer muy distinta al resto— que a menudo se dolía del mísero papel que las féminas desempeñaban en su tiempo, y que gustaba de trazar, para su hija, un futuro diferente. Se lamentaba Patrocinio de que aquella España, que supo llegar al Nuevo Mundo y descubrir tantas maravillas, siguiese anclada en usos y costumbres más propios de tiempos oscuros que de las nuevas e ilustradas corrientes que circulaban por otras naciones.

ante aquellas reflexiones que él mismo compartía. Por un momento, evocó la figura del gran intelectual y profesor Juan de Vergara, perseguido en el pasado por la Inquisición –como tantos otros– a causa de su defensa del erasmismo... Incluso en el presente, el buen médico había sido testigo de algunos procesos injustos para con pensadores de su tiempo. Pero no era momento de perderse en meditaciones.

La muchacha explicaba cómo había superado varias situaciones comprometidas ante ciertos compañeros, ya que por su naturaleza se sentía ajena a la petulancia y el desenfado de que hacían gala algunos estudiantes. Y de nuevo agradecía a Felipe su inestimable apoyo. También se congratulaba del buen nivel alcanzado en sus estudios, que la reafirmaba en su creencia de que las mujeres estaban igualmente capacitadas que los hombres para la función intelectual.

Pero, a continuación, la joven explicaba cómo se sintió al fin descubierta, y de qué manera aquel hecho la convenció a la hora de tomar una decisión que era irrevocable. La letra de Isabel se volvía temblorosa –en algunos momentos frenética– a partir del momento en el que nombraba a su enemigo. Sin embargo, su relato era tan preciso y dramático que don Anselmo pudo imaginar detalladamente las situaciones que narraba la pobre niña, llegando a visualizarlas como si se tratase de una pesadilla.

Aquel ser despreciable, aquel pérfido espía que la desenmascaró, era don Pedro de Mora, un oscuro profesor de Lenguas Clásicas afincado en Valladolid. Allí conoció a su hermano Diego cuando éste estudiaba en la Escuela de Gramática y con él trabó cierta relación, pues notables eran –en verdad– los conocimientos que atesoraba el tal de Mora. En cierta ocasión –recordaba Isabel– aquel sujeto llegó a visitar

la casa de los Bravante, llegando a intercambiar algunas frases de cortesía con ella y con doña Balbina.

El destino dispuso fatalmente que este profesor se trasladase a Alcalá deseoso de medrar en prestigio y reconocimiento. La designación de catedráticos seguía un proceso estricto que era controlado por el Claustro. Pero, en ocasiones, la Universidad ofrecía cátedras itinerantes a personalidades de prestigio, como era el caso de Antonio de Nebrija entre otros grandes ilustres. Los cálculos de don Pedro resultaban errados, puesto que era la Institución –y no a la inversa– quien buscaba y requería a aquellos notables, para su propio engrandecimiento intelectual.

Don Pedro de Mora se vio rechazado en sus pretensiones y se sintió despreciado y humillado. Los términos en los que el Claustro expresaba su negativa se le antojaron ofensivos. El odio creció en su interior y juró venganza.

En ese momento quiso el azar que se cruzase con Isabel a las puertas del Colegio de San Ildefonso. El villano sabía de la muerte de Diego, y aquella aparición le dejó paralizado. Reaccionó e intentó abordar a la joven para pedirle explicaciones, pero ella –temiéndose descubierta– se evadió con una excusa. Al escuchar su voz, don Pedro comenzó a intuir la farsa. Movido por la curiosidad, preguntó a unos estudiantes que transitaban por la plaza si conocían a aquel muchacho, y uno de ellos confirmó su sospecha:

–Es Diego de Bravante –respondió uno de ellos– y cursa estudios de Filosofía en este mismo Colegio.

Don Pedro siguió su pista. Volvió a ver a Isabel en un par de ocasiones acompañada de don Felipe e indagó sobre ambos. Pronto se las ideó para introducirse en la Biblioteca bajo el pretexto de una consulta, sin más ánimo que el de buscar a la joven en el interior del Colegio.

Oculto tras una columna del claustro, el de Mora abordó a la muchacha llamándola por su nombre.

—Isabel de Bravante. Esa sois vos, sin duda. Habéis engañado a los profesores, al Claustro entero..., pero no a mí. Decidme, hija mía, ¿qué pretendéis con esta burla y hasta dónde pensáis llevarla adelante?

—No os conozco, señor —respondió Isabel, acalorada— pero en verdad debéis estar loco puesto que me confundís con una mujer.

—No intentéis engañarme. Yo mismo visité vuestra casa hace ya tiempo y tuve el honor de ser presentado por el pobre de don Diego a vuestra tía y a Vos misma. ¿Acaso no lo recordáis?. Confíad en mí, querida niña. Yo puedo encubrir vuestra farsa, y Vos debéis corresponder a mi silencio con un pequeño favor...

Isabel palideció. Consiguíó zafarse del acosador gracias a una algarada protagonizada por varios estudiantes en el patio de Santo Tomás a causa de una deuda mal pagada. Aprovechando la confusión huyó, pero desde ese momento el miedo anidó en su ánimo. Se sentía inquieta, insegura. Aquel individuo se le antojaba siniestro, capaz de cualquier atrocidad. La había descubierto, y maquinaba algo para obtener beneficio de su hallazgo.

No se equivocaba. Aquella mañana en la que —ante un nutrido auditorio— Isabel leía su lección perfectamente argumentada, la voz de don Pedro, camuflado entre el público, lanzó una pregunta que nadie supo interpretar y que horrorizó a la joven.

La pregunta fue hecha en arameo, una lengua a la que muy pocos en la Universidad tenían acceso: “Elisheba... ¿ad-matay?” (Isabel... ¿hasta cuándo?)

La carta que ahora leía don Anselmo resumía, sin eludir

detalles, aquella situación que tanto había acongojado a la muchacha. El buen médico se sentía conmocionado. Sus ojos brillaban de ira y de compasión, y sus labios estaban resecos. Levantando la vista clamó en voz baja: “¡pobre muchacha!...”. Adivinaba su horror cuando escuchó la siniestra voz del de Mora. Adivinaba que el resto de la historia sería dramático, pero decidió seguir leyendo.

“Cuando pude reponerme del horror y la vergüenza añadía la joven— supe discernir que mi sueño se había esfumado. Pensé huir y, tras recoger como pude mi pobre equipaje, me dirigí a una mísera fonda. Allí me dispuse a escribiros una carta de despedida, mi querido don Felipe, explicándoos mi engaño y mi arrepentimiento. Pero el malvado don Pedro me había seguido. Irrumpió en mi cámara, amenazándome con hacer estallar un escándalo que hundiría a la Universidad de Alcalá. El conocía nuestra relación de amistad a fuerza de espiarme, y al punto expuso sus pretensiones: o yo conseguía de Vos la influencia necesaria ante el Rector para que éste accediese a concederle una cátedra en Alcalá, o haría saber al mundo entero que una mujer había profanado el recinto universitario. Y aunque yo me negué a ello, insistió en concederme una tregua para hacerme recapacitar. Se marchó visiblemente excitado.

“Ya veis, don Felipe... Mi vocación se ve truncada, y mi propia existencia es una amenaza para Vos mismo y para esta Universidad, a la que tanto amé. Estoy sola y me siento desesperada. He tomado la decisión de acabar con mi vida. Lo haré en esta humilde fonda en la que nadie me conoce”.

El pobre don Anselmo sintió palpitar su corazón de modo acelerado. ¡Isabel había planeado su propia muerte...! No podía creerlo. Aquella extraordinaria mujer, tan inteligente y voluntariosa, se rendía, sintiéndose acosada. Las razones de

su decisión eran evidentes, pero él se negaba a aceptar ese final. Sudoroso, con los ojos empañados, el médico continuó leyendo:

“Sé que os resultará difícil comprenderme, pero ninguna ilusión me retiene en este mundo, en el que la mujer no aspira a otro destino que el matrimonio o la Religión. Ved si no a esas damas nobles que se erigen en protectoras de esta Universidad, con la única pretensión de patrocinar un convento al que retirarse o en el que disponer de una sepultura. Y mirad también con atención los escritos de nobles figuras como la de vuestro admirado Erasmo, que aconsejan la instrucción de las mujeres con el simple propósito de que sepan educar a sus hijos, y no de procurarles otro tipo de satisfacción”.

En este punto de la carta, don Anselmo no pudo reprimir una amarga sonrisa. ¡Tan alejados se mostraban los planteamientos de Isabel de los de su querido Felipe...! Sin embargo, la gravedad de la determinación que parecía haber tomado la joven frenó estas reflexiones. Y, con las manos temblorosas y el corazón acelerado, continuó leyendo:

“Mi decisión está tomada. Tal vez en un futuro lejano alguna otra mujer pueda cumplir mi sueño, pero yo no puedo soportar más esta situación. No podréis entenderlo, pero al menos, espero que sepáis perdonarme. Jamás os haría daño, amigo mío, y temo que el malvado don Pedro de Mora intente perjudicaros; he aquí una razón más para desaparecer de vuestra vida.

“Antes de morir, vestiré por ultima vez las ropas de Diego para regresar por un día al Colegio de San Ildefonso y llegarme hasta la Biblioteca. Allí esconderé esta carta dirigida a Vos, con la esperanza de que vuestro cariño y vuestra intuición os guiarán en su búsqueda. Sólo alguien verdaderamente cercano a mí sabrá dónde buscarme cuando yo haya desaparecido. Si en verdad me conocéis, hallaréis tarde o temprano esta misiva.

Así comprenderéis mi historia y tal vez recéis por mi alma...

Después, volveré a esta humilde fonda y me dispondré a morir. Creedme si os digo que no le temo a ese momento tan meditado. He preparado una dosis de belladona que me hará dormir dulcemente. No sentiré dolor, sino alivio, sabiendo que nadie creerá a don Pedro de Mora si se atreve a denunciarme. Nadie podrá relacionarme nunca con esta Universidad. Adiós, Felipe, amigo, hermano mío. Siempre os respeté y os quise. No me olvidéis.”

Don Anselmo cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. El sentimiento de piedad que había experimentado hacia Isabel dio paso a una gran excitación. De un salto se puso en pie, golpeando la mesa con el puño: ¡la pócima que Isabel preparó no fue la causante de su muerte...!

—*Dosis sola facit venenum* —murmuró el médico parafraseando al controvertido Paracelso. Sabido es que la belladona, en dosis moderadas, no llega a causar la muerte, sino que duerme al que la ingiere, lo aletarga... La pobrecilla muchacha no pudo consumir su propósito suicida. Debió tomar una mezcla que la sumió en un estado de confusión. Alguien, posteriormente, pudo introducir en su boca el mortal veneno que acabó cruelmente con su vida, ya que el Acónito preserva la lucidez hasta el último momento...

Llegado a esta conclusión, el buen médico se derrumbó en el asiento. Su conciencia le dictaba que debía confiar a don Felipe aquella carta, aunque las intenciones suicidas de la joven le romperían el alma. Pero si —como él pensaba— la joven murió asesinada, era urgente hablar con Fontiveri para comunicarle sus sospechas.

Felipe reaccionó violentamente al leer la carta de Isabel. No podía admitir que la joven planease su propia muerte, incurriendo así en el peor de los pecados. Las pretensiones de don Pedro de Mora, por otra parte, desataron su furia. Don Anselmo soportó con templanza la ira del duquesito, menos preocupante que aquella suerte de melancolía en la que el joven se sumió al poco tiempo.

El honesto galeno comunicó de inmediato sus conclusiones a don Alonso Fontiveri. Ambos coincidieron en informar al Rector y al Magistrado, y este último encargó al Alguacil en persona que localizase a don Pedro de Mora donde éste pudiera encontrarse, pues se le consideraba sospechoso de la muerte de la joven.

De nuevo la colaboración del agente Entrambasaguas resultó necesaria. Con carácter de urgencia localizó a ciertos parientes del profesor, que corroboraron que éste había abandonado Valladolid tiempo atrás para trasladarse a Alcalá. Allí se perdía su pista.

Aquel dato corroboraba el relato de Isabel: Don Pedro había intentado probar fortuna en esta Universidad, sin conseguirlo. Fontiveri movió todos sus resortes hasta conseguir localizar, en una céntrica hospedería, la habitación en la que don Pedro se había alojado durante su estancia en aquella villa.

Allí confirmaron su marcha y entregaron al Alguacil algunas cartas y papeles que guiaron a éste en su investigación.

Sus pesquisas le condujeron a Toledo, donde el de

algunos vecinos llegó a una vieja botica en la que el profesor se había instalado, vendiendo pócimas y remedios elaborados con plantas medicinales. Aunque esa práctica había sido regulada tiempo atrás y era muy vigilada, don Pedro se hizo valer de ciertas acreditaciones y recomendaciones falsas para poder ejercer dicho oficio.

Fontiveri no se dejó enredar en las artes del engaño que tan hábilmente manejaba aquel sujeto. Traía una orden, redactada por el Magistrado don Pedro Bellido del Infante, en la que se ordenaba la detención de don Pedro de Mora como sospechoso del asesinato de la joven Isabel de Bravante, acaecido en el mes de julio de 1624 en una fonda de Alcalá de Henares.

El informe oficial eludía cualquier referencia al hallazgo del cuerpo en el Patio de los Continos. Isabel había sido envenenada en aquella fonducha de Alcalá, a manos de un oscuro personaje que debió actuar guiado por una inquina personal.

La engañosa maniobra de Isabel usurpando la personalidad de su hermano era un hecho confuso que no aportaba luces a la evidencia. Diego de Bravante, fallecido tiempo atrás en Valladolid, era ajeno por completo a esta historia.

Interrogado por Fontiveri, el dueño de la fonda manifestó que tiempo atrás se hospedó allí un joven idéntico al del retrato, que dijo estar esperando la llegada de una hermana. Ese dato revelaba que el escenario del crimen fue aquel humilde establecimiento en el que se refugió Isabel cuando –en su huída– quiso esconderse de su acosador.

La declaración de don Pedro de Mora fue larga y detallada. Viéndose descubierto renunció a su defensa. Sabía que su plan había fracasado.

Confesó que, tras cometer su crimen, había vuelto de

incógnito a Valladolid. Allí aguardó en vano, durante meses, a que estallase el escándalo por el hallazgo del cadáver. Inquieto ante la falta de noticias se atrevió a presentarse en casa de doña Balbina, recordándole su amistad con Diego y pretextando que acababa de enterarse de su muerte. Engañó a la anciana haciéndole creer que se trataba de una visita de pésame.

En un momento de su conversación, la pobre señora le comentó emocionada la reciente visita de otro caballero, apellidado Entrambasaguas, que parecía también interesado por su pobre sobrino. Aquel hecho, y ese largo silencio que duraba meses, sembraron la sospecha en la mente del pérfido profesor. Decidió trasladarse a Toledo, donde le resultaría fácil ocultarse y observar los acontecimientos. Pero la irrupción del Alguacil Fontiveri en su botica dio al traste con sus planes.

Don Pedro de Mora confesó su crimen sin ahorrar ningún detalle, pero en ningún momento dio muestras de arrepentimiento ni de piedad hacia su víctima. El comienzo de su relato se hilvanaba de forma precisa con el final de la carta que Isabel escondió en la Biblioteca.

Acudió a la fonda el mismo día en el que la pobre niña había decidido poner fin a su vida. Estaba convencido de que sus anteriores amenazas habrían surtido efecto en la joven. Pero grande fue su estupor cuando la encontró tendida en la cama, medio inconsciente y vestida con sus ropas de mujer... Pensó que había enfermado. La reanimó, y la muchacha le confesó sus intenciones suicidas. Entre lágrimas, manifestó sentirse arrepentida e imploró su misericordia. Él se mostró dispuesto a ayudarla.

Pero la mente del asesino se había puesto a trabajar, perpetrando un crimen horrendo. Comprendió que Isabel se negaría siempre a interceder por él ante don Felipe. Conocedor de su plan suicida, la intuía capaz de todo por hacer valer sus

convicciones. El odio, el desprecio y el deseo de venganza anidaron definitivamente en el ánimo del de Mora. Decidió acabar de una vez con la fama y el buen nombre de la Universidad de Alcalá valiéndose de aquella terca mujer que se había cruzado en su camino. Había que actuar con rapidez: aquel era el último día de curso, y una ocasión propicia para desarrollar sus planes. La villa entera de Alcalá participaba del jolgorio académico, y la confusión en las calles le sería favorable.

No le costó engañar a la joven, haciéndole creer que le procuraría un remedio y el consuelo que precisaba. Le rogó que aguardase tendida para no fatigarse y, prometiéndole regresar lo antes posible, corrió a la hospedería en la que se alojaba en busca del veneno más adecuado para sus fines.

Viajaba siempre el malvado personaje con un pequeño baúl repleto de pócimas y hierbas, cuyas aplicaciones conocía a la perfección. Había adquirido nociones de Botánica durante una estancia en el Hospital de San Juan Burgos, donde ingresó en su juventud por unas fiebres contraídas cuando recorría el camino de Santiago. Su habilidad y buena disposición le convirtieron por un tiempo en pupilo de los monjes.

No tardó en elegir el arma más adecuada para su crimen. Se trataba del acónito, un terrible veneno que actuaba sin piedad pero que mantenía a la víctima en un estado de aparente conciencia hasta el último momento. Unas simples hojas, en contacto con la boca o el paladar de la joven, bastarían.

Regresó don Pedro a la Fonda de la Perdiz y suministró a la joven el fatídico veneno, haciéndole creer que se trataba de un remedio. A continuación pidió a Isabel que le acompañase al Hospital de Antezana, para completar su recuperación. Le rogó que usase de nuevo las ropas de estudiante para no causar escándalo en la Fonda, y mientras ella procedía torpemente a vestirse, cogió la falda y la blusa de la muchacha y las introdujo

en una bolsa. Vigilando para no ser descubierto, bajó con su víctima a la calle y la ayudó a subir al carruaje en el que habría de trasladarla al Colegio de San Ildefonso.

La pobre muchacha no opuso resistencia. Se encontraba muy débil y aturdida. En la Puerta de los Burros el bullicio era grande. El lugar estaba atestado. Se despedía a los estudiantes que no habían superado la última prueba en esa Universidad. No le costó al de Mora entrar por donde los otros salían en tumulto, entre cánticos, gritos e insultos. Quien hubiese observado a la pareja, podría pensar que se trataba de algún profesor que portaba a la enfermería a un alumno ebrio; tal era el estado en el que se encontraba la pobre niña.

Una vez en el Patio de los Continuos, don Pedro trasladó a la muchacha hasta la leñera. Isabel deliraba. Cuando comprobó que su final se aproximaba, se dispuso a vestirla con sus ropas de mujer. No opuso ella resistencia, pues ya el acónito había emprendido un mortal viaje por sus venas. En el colmo de su maldad, el pérfido profesor extendió la blusa en el suelo y, usando un cálam de afilada punta, trazó con él aquella palabra que horas después leería asustado el pobre jardinero:

—NUMQUAM: *nunca jamás una mujer, Isabel, cumplirá tu absurdo sueño.*

La muchacha se dejó vestir sin oponer resistencia. Su mirada, extraviada, ya no reconocía sino luces y sombras. Un hilillo de saliva se escapaba entre las comisuras de sus labios que —a pesar del funesto trance— parecían esbozar una sonrisa. Llegada la medianoche, Isabel era ya cadáver.

El asesino trasladó el cuerpo hasta el estanque. Posiblemente en esos momentos debió rodar hasta el suelo aquella botellita que Isabel usaba como tintero y que guardaba en una pequeña faltriquera cosida a su falda. Don Pedro, afanado por borrar las huellas de sus propias pisadas, no reparó sin embargo

en aquel objeto, que tiempo después resultaría decisivo para la identificación de la joven.

El péfido profesor abandonó el lugar escondido en el carro que, de madrugada, transportaba los desperdicios de las cocinas del Colegio de San Ildefonso. Estaba convencido de que su venganza se había consumado: el hallazgo del cadáver de la muchacha en aquel recinto haría estallar el escándalo y supondría el cierre definitivo de la Universidad de Alcalá.

No contaba el asesino con el empeño y la prudencia de don Anselmo de Quijana; ni con el extremado celo de don Juan de Montemayor; ni con la discreción y firmeza del magistrado Tomás Bellido; ni con la obediencia ciega a la superioridad de Fermín Labarta; ni con la perseverancia del Alguacil Fontiveri... Todos cooperaron en el esclarecimiento del caso, pero también evitaron que la institución universitaria resultase dañada. El culpable fue detenido y ajusticiado sin que aquel asunto trascendiese más allá de lo necesario.

Al poco tiempo la pobre doña Balbina recibió, estremecida, la noticia del hallazgo del cadáver de su sobrina en Alcalá de

Henares. Le informó de ello Benigno Entrambasaguas, en una atenta carta en la que ofrecía a la señora la posibilidad de desplazarse para ser recibida por el Justicia de la Villa. Pero doña Balbina renunció y, legando sus bienes al Monasterio de las Huelgas Reales, ingresó en él para dedicar el resto de su vida a las plegarias por sus seres queridos.

También don Felipe buscó consuelo en la religión para curar la enfermedad de su espíritu. Conoció, por una carta de don Anselmo, los pormenores de la detención de don Pedro de Mora y los detalles del crimen perpetrado por éste. El de Sigüenza —tan aferrado a la moral imperante— nunca fue capaz de perdonar a Isabel, a quien consideraba doblemente pecadora: por su engaño, y por su intento suicida. No cabía más que rogar a Dios por su alma. Un aluvión de sentimientos confusos atormentó al Duquesito por el resto de su vida, que discurrió en el retiro del Monasterio de los Jerónimos.

Don Alonso Fontiveri fue felicitado por la superioridad y se solicitó su traslado a Toledo con la finalidad de otorgarle un puesto de mayor responsabilidad, pero el Alguacil renunció a ello, prefiriendo continuar allí donde comenzó su carrera y donde había sido enterrada su querida esposa.

En cuanto a don Juan de Montemayor, a los dos meses de cerrarse el caso recibió una orden del arzobispo de Toledo por la que se le encomendaba una magna empresa al otro lado del océano: la dirección —como Regente— de la Universidad de Santo Domingo, creada a imagen y semejanza de la de Alcalá.

¿Y don Anselmo? La última imagen que de él nos procura este relato lo sitúa en el cementerio de Alcalá de Henares. Camina ligeramente encorvado. Se acerca a una tumba pobrísima. Lleva algo en un bolsillo de su levita. Se agacha. Impregna de tinta un pincel y con él tacha una inscripción: “Numquam”. Y a continuación escribe un nombre: “Isabel”.

alivio a sus enfermos en el Hospital de San Lucas. Respecto a la carta que la pobre niña había dirigido a Felipe, éste rogó a don Anselmo que la destruyese. El buen hombre obedeció, pues en su fuero interno prefería que nadie pudiese indagar sobre las intenciones suicidas de la muchacha. Al fin y al cabo, ella se había arrepentido en el último momento. ¿Qué hubiera sucedido de no mediar el asesino?

El anciano guardó hasta el fin de sus días el frasquito de tinta con el que Isabel escribió su despedida. Deseaba conservar algún recuerdo de aquella excepcional mujer. ¿Por ventura no fue él quien recorrió el camino hasta la Librería en pos de una señal? El hallazgo de aquella misiva resultó decisivo para esclarecer los hechos. Por otra parte, ¿quién sino él intentó comprender a la desdichada joven e interpretar sus anhelos y sentimientos? Aquella frase de la muchacha le acompañaría ya para siempre: “Sólo alguien verdaderamente cercano a mí sabrá dónde buscarme cuando yo haya desaparecido”.

¿Y el retrato de la cabeza desnuda? ¿Fue quemado por don Anselmo al igual que la carta?. ¿Acaso alguien habrá de encontrarlo un día, oculto entre las páginas de un libro, en la sala de lectura de alguna Biblioteca?... ¿Conservará en sus márgenes ciertas anotaciones escritas por el médico a medida que avanzaba la investigación?...

* * *

Años después de este suceso, la Universidad de Alcalá entró en declive. El interés por la Teología decayó, al tiempo que los colegios menores, empobrecidos, se reducían ó reagrupaban. El

Rey Carlos III recortó la autonomía que tanto había defendido Cisneros y reformó el sistema de elección de rectores para ejercer un mayor control sobre la institución.

Durante la ocupación francesa, el Colegio de San Ildefonso se convirtió en cuartel, sufriendo a partir de entonces diversos avatares. En 1.836 la Universidad de Alcalá de Henares fue definitivamente cerrada y se fundó otra en Madrid. El viejo empeño de algunos sectores interesados se había cumplido.

Habrían de transcurrir más de dos siglos para que aquella ingente fábrica cisneriana recobrase su legítimo origen y esplendor. Y también para que las mujeres accediesen libremente, y por méritos propios, a sus aulas.

Este libro se terminó de imprimir en
el 23 de Enero de 2010,
festividad de San Clemente,
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO

